

Presentación

Federico Schuster

Como el mundo mismo, la ciencia, la cultura, el conocimiento humano se han ido transformando de un modo quizás imperceptible en la continuidad del tiempo, pero muy notable cuando uno se dispone a comparar a la distancia períodos de media o larga duración. Hace unos años, el filósofo Oscar Nudler se preguntaba si podía analizarse como uno y el mismo objeto la ciencia del siglo XVII y la actual. Basta detener con interés la mirada para notar las enormes diferencias que existen entre el modo de producción del conocimiento de los filósofos de la naturaleza de hace casi cuatrocientos años y los actuales científicos. Por entonces, la diferencia entre ciencia y filosofía –si bien estaba en su momento de constitución– no resultaba aún expresa para los cultores de la vida en ambos mundos. Tanto Descartes cuanto Newton pensaban formar parte de un espacio común en el que se pretendía responder los grandes interrogantes humanos y sentar las bases de un conocimiento sólido, no sometido a constantes revisiones desde sus cimientos. De algún modo, daban vida al sueño del progreso acumulativo del saber, que sólo el siglo XX pondría en cuestión sistemáticamente. Para Descartes, sus hipótesis acerca del movimiento de los planetas no resultaban ajenas a sus meditaciones metafísicas, así como es ya muy conocida la carta en la que Newton se lamenta por no haber podido encontrar los fundamentos últimos de su mecánica (algo así como su versión del *cogito*). Sin saberlo, el fracaso científico de Descartes y el respectivo fracaso filosófico de Newton daban origen a la división entre ciencia y filosofía, que resultaría crucial para la modernidad. Nunca sabrá Descartes que no existe libro alguno de historia de la filosofía que no lo tenga por uno de los protagonistas centrales, pero que en los textos de historia de la ciencia ni siquiera suele tener un capítulo entero dedicado a sus ideas; y lo mismo cabe para Newton, aunque invirtiendo los nombres. Fue quizás Kant el primero que se dio cuenta cabal de lo que había sucedido.

Tanta agua corrió desde entonces bajo el puente, que la ciencia pasó de los debates entre individuos *filó-sofos* a ser proyecto de los estados nacionales modernos, base de las revoluciones industriales y tecnológicas y una profesión burguesa que, gracias a sus reglas fijadas, ya no queda reservada a los sabios. El salto se verá reflejado en el siglo XIX, donde aparece por primera vez citado el nombre de *científico* (según muestra Barry Barnes en *Sobre la ciencia*). Hasta entonces se hablaba de *ciencia*, pero aún no se había difundido el adjetivo que define la actividad en términos de una profesión. Hoy, cuando el siglo XXI ya se ha instalado definitivamente entre nosotros, el cambio es impresionante. La ciencia es cada vez menos tarea de individuos y más de equipos, muchas veces enormes y que suponen la colaboración de laboratorios en diversas partes del mundo, cada uno asumiendo una parte ultraespecializada de la investigación. En la ciencia contemporánea –cuyos descubrimientos públicamente accesibles (no todos lo son) se acumulan en las revistas especializadas, sometidas a rigurosas normas de evaluación y publicación– se registran trabajos de más de un millar de autores (el más numeroso que conocemos hasta hoy llega casi a los tres mil). Estamos en un escenario que los especialistas han definido como *Big Science*. La Física parece haber dejado su trono de reina de las ciencias a la Biología, a partir del descubrimiento del ADN y, especialmente, de sus implicancias biotecnológicas. Directa o indirectamente, por propia voluntad o no, la ciencia resulta financiada en aras de intereses económicos. La relación entre saber y poder, atravesada hoy por la tecnología y sus implicancias económicas, está en el corazón de los intereses concretos de las naciones, los bloques regionales y globales y las corporaciones económicas. En el medio, el planeta (sometido a la explotación sin límites) ha entrado en una situación de enorme gravedad, que sienten las especies naturales y los seres humanos, especialmente los más pobres y los más débiles. Es lo que les sucede a nuestros países, cuyas riquezas naturales resultan expoliadas casi sin restricción alguna. En el medio, hay pueblos que reaccionan, sociedades que se adaptan,

estados que ven con mayor o menor agudeza el problema en ciernes. En definitiva, vivimos un planeta en lucha y la ciencia no es hoy ajena a lo que sucede ni a lo que pueda suceder.

¿Qué responsabilidad les toca a las ciencias sociales en este escenario? ¿Cómo constituyen sus modos de saber? ¿En qué consiste su actitud crítica? Pero también, ¿cómo recuperan la memoria de su pasado y el de nuestras sociedades, en tanto no podemos entender el presente o pensar el futuro sin reconstruirla? En definitiva, ¿qué conocemos, conocimos o podemos conocer de nosotros y nuestro mundo, con sentido crítico, riguroso y vinculado a la acción pública?

A lo largo de las páginas que siguen encontrará elementos para pensar acerca de estas cuestiones. Es nuestra pretensión que ellas sirvan a un debate imprescindible, dándole fundamentos sólidos y argumentos cuidadosos. Creemos que así ha de ser y que nuestra conversación, iniciada hace ya varios años, mantendrá su vigor y riqueza.